

EL PENSAMIENTO POLÍTICO DE JORGE CUESTA

A la memoria de Rubén Salazar Mallén, último forajido de la cultura mexicana.

Al contrario de sus escritos literarios, los ensayos políticos de Jorge Cuesta han recibido más calificativos que interpretaciones. Prueba de ello es la polémica de sordos que se suscitó, a principios de 1986, sobre el pensamiento y la postura de Jorge Cuesta en el campo de la política, provocada por un escrito de Alejandro Katz. Repasemos brevemente los términos de la disputa para adentrarnos en el objeto de nuestro interés.

Al igual que el presente texto, el de Alejandro Katz surge del desacuerdo con la caracterización de Cuesta como “anarquizante” o “aristocratizante”. Del artículo de Katz, a mi juicio, se ha hablado suficiente. Del pensamiento de Cuesta, sin embargo, queda mucho por decir. Empecemos, Rubén Salazar Mallén y José Luis Ontiveros encuentran “cierta proclividad al anarquismo” en la obra del escritor veracruzano. Esta apreciación, por muy novedosa que sea, es insostenible: los argumentos que la sustentan se fundan en frases aisladas de su contexto y desviadas de su intención. El centro de su argumentación lo extraen de un texto de 1935, “El marxismo en el poder”, en el cual Cuesta detecta la contradicción formal entre la formulación teórica del socialismo sobre la abrogación del poder y su paradójico ejercicio a nombre, precisamente, del socialismo. Si bien Cuesta nunca comulgó con el marxismo —el título de un artículo suyo “Marx no era inteligente, ni científico, ni revolucionario, tampoco socialista, sino contrarrevolucionario y místico”, es más que elocuente— y siempre com-

batió férreamente su forzada adecuación a nuestra realidad nacional, esto no significa ni sugiere que haya tenido alguna "proclividad al anarquismo".

En contrapartida, debido al prejuicio democrático, a un tiempo vicio y virtud de los intelectuales de nuestra época, Christopher Domínguez concibe un Cuesta aristócrata del artículo, por demás sugerente, *La decadencia de la política*. "En *La decadencia de la política* Cuesta invierte negativamente la identidad baudeleriana entre decadencia y modernidad, y deja ver su ideal aristocrático y clásico de la política como riesgo y privilegio de señores. Mandan los señores y obedecen los siervos; cuando la política se convierte en una prédica que parte de abajo, de una extensión de la obediencia de los conversos, la política entra en decadencia". Así, el Cuesta de Domínguez es un intérprete ingenuo de los fenómenos políticos emergentes, y que vanamente trata de oponerse al implacable ascenso y participación de las masas en la toma de decisiones, al defender la causa históricamente perdida de la política aristocrática. Esta interpretación desgraciadamente es la que ha predominado desde los años treinta. Los calificativos de aristócrata y extranjerizante han errado la obra de Cuesta, en particular, y de *Contemporáneos* en general. Abandonando estos lugares comunes ensayemos una nueva interpretación del pensamiento político de Jorge Cuesta.

En *El laberinto de la soledad*, Octavio Paz afirma que Jorge Cuesta se desveló por indagar el sentido de nuestra tradición. Nosotros podemos precisar que si algo motivó su reflexión política fue su preocupación por el proyecto nacional o histórico del país. Para Cuesta no existen destinos inexorables ni leyes absolutas y universales que regulen el movimiento de las sociedades. Por el contrario, para él la sustancia de la historia es el azar y su condición es la inseguridad. Por ello, el desarrollo de las sociedades es único e irrepetible; existen tantos proyectos históricos como socie-

dades y cada una debe asumir el suyo propio.

Según Paz, para Jorge Cuesta "México es un país que se ha hecho a sí mismo y que, por lo tanto, carece de pasado. Mejor dicho, México se ha hecho contra su pasado, contra dos localismos, dos inercias y dos casticismos: el indio y el español". No podía ser de otra manera. Con la Independencia México expresó radicalmente su voluntad de forjar su propio destino. Transmutó la fatalidad de ser colonia por la elección de constituirse en una nación libre y soberana. Para ello recurrió al ideario de la Revolución Francesa, en el cual se confirma la soberanía independiente del Estado-nación.

En consecuencia, la verdadera tradición de México, según Cuesta, antes que la continuación y preservación es la negación y la conquista. Dejemos que sus palabras ahonden en el asunto: "Nuestra tradición no sólo está hecha por nuestros gobiernos 'administrativos', sino principalmente por las revoluciones en que los elementos inquietos del país han manifestado su fastidio por la administración. (. . .) Puede decirse con más fundamento, que nuestra verdadera tradición es el estado revolucionario, y que las perturbaciones de nuestra historia son las épocas de administración y paz". Esta reflexión nos recuerda, inevitablemente, la idea de Paz expuesta en *Los hijos del limo* sobre "nuestra tradición de la ruptura".

La existencia del país, para Cuesta, no es obra del azar. Es expresión de una elección "personal" encarnada en una acción política precisa: deliberación y voluntad de constituirse a sí misma, por encima de cualquier determinación, como nación. La guerra de reforma y la revolución de 1917 son sucesos que confirman y encauzan esa elección. Ahora bien, la vindicación de la soberanía popular en México fue, en forma paradójica, obra de un pequeño grupo ilustrado. En ningún momento de nuestra historia se integró una *asamblea nacional*. A diferencia de los procesos históricos

Europeos, en especial el francés, en los cuales la nación precede al Estado, aquí el Estado crea a la Nación.

Gracias a estas meditaciones históricas, Jorge Cuesta arriba a la conclusión de que en nuestro país la política no se puede concebir sino como *mando personal*. Comprendiendo por el adjetivo de *personal* a la originalidad histórica que configure nuestra personalidad política; originalidad que implica fidelidad al origen; histórica que significa la singularidad de ese origen. Por ello, la acción política en la concepción de Cuesta, además de mantenerse en el presente y ajustarse a las contingencias, debe conducir la marcha del país (individuo, sociedad y Estado) por la senda histórica que ha elegido: en el caso de México a la fundación de un Estado original y libre con la Independencia, la secularización de la vida política con la Reforma y la liberación de la sociedad política de su independencia económica con la Revolución.

Cuesta asimila la política a la idea de mando porque está convencido que las sociedades no sólo están determinadas históricamente, inexorable elemento de fatalidad, sino que también es posible influir, mediante acciones y elecciones, en su flujo histórico. Por ello, para que la política "sea realmente política, para que valga como política, es preciso que el mando sea de ella", ya que es la encargada de imprimir un rumbo particular a cada sociedad. Así, a pesar de los teóricos del Estado de Derecho, concluye que "es imposible poner un mando por encima de la política. Una política sin mando y sin responsabilidad es una política en decadencia y pronto es arrollada por los hechos".

En suma, podemos concluir con Cuesta que "igual que en el arte, la falta de personalidad es la decadencia de la política". Mas no porque dejen o no de mandar "los señores" —trivial cuestión desde una perspectiva histórica—, sino porque se pierde su dimensión creativa y original: su sentido estético. Sólo supeditando la política a la estética, a la

intención poética de la acción, es posible evitar que ésta se troque insulsa y timorata. Por lo mismo, éste es el único medio en que mantiene expresamente su riesgo y su responsabilidad. Sólo a través de la estilización de la política es posible recobrar su ética singular.

Cuesta llama política clásica a esta estilización de la política. Acaso tenga razón. Para los antiguos, pensemos en Aristóteles, el único premio a las acertadas acciones políticas es el honor; para Cuesta, la política clásica se funda en el interés general o, dicho en términos negativos, en el desinterés que consiste en el distanciamiento de los intereses particulares. Por ello, si Jorge Cuesta acomete el acceso del vulgo a la política, no es porque esté contra la participación de las masas en la toma de decisiones, sino porque está contra la preeminencia de los intereses particulares sobre el interés general.

Lo que menos preocupa a Cuesta es exaltar una determinada forma de gobierno, sea ésta aristocrática, democrática, socialista o anárquica. Por lo mismo, pretender calificarlo con alguno de estos sustantivos resulta ocioso. Al ensayista de *Contemporáneos* le importa que un específico orden social sea capaz de propiciar su propio desenvolvimiento y de mejorar su propia existencia en todos los órdenes, sin considerar el camino que se deba seguir. Nadie ha anulado tanto los juicios morales de la valoración política: "Estoy también desprovisto de esa pasión moral que anda buscando en los acontecimientos políticos el castigo de la maldad, el premio de la honradez, la mano de la providencia y el holocausto a una particular concepción del bien".

En fecha reciente, Carlos Monsiváis al recibir el premio Jorge Cuesta, afirmó: ". . . una de las limitaciones orgánicas de nuestra vida cultural es su dificultad para entenderse con seres tan escépticos, gozosos, atormentados y visionarios como Jorge Cuesta o José Revueltas". Ciertamente, por más intentos que realicemos, el asalto a la obra del escritor cordo-

vés es imposible. Sin embargo, cada tentativa, aunque nos aleje de él, nos acerca a nosotros mismos.

Sergio Anzaldo

*REAGAN-GORBACHOV,
HACIA UNA CUMBRE SIN FIN*

Dos imperios y un destino, Esparta y Atenas, el lucro sin freno y la igualdad, luchan, desde el segundo tercio de la centuria, por el dominio de la humanidad. Ninguno ha vencido, la guerra corre hacia el fin del mundo y en vísperas del holocausto revive la esperanza de paz: Reagan y Gorbachov intentan lo imposible. Cuando el acuerdo era común era el desacuerdo, la única solución la victoria, los líderes magnéticos encubren sus signos, se nos escapa el negativo y se desliza el positivo. ¿Quién ataca y quién defiende? ¿Cómo entender el deseo irracional de dominio del mundo? ¿Será posible acaso que la negociación nuclear resuelva, de una vez y para siempre, la pretensión del poder absoluto? Dos formas de gobierno, dos ideologías que para reinar en sus fronteras sometieron a sus hermanos de tierra a sangre y fuego (1861-65 y 1917) pretenden ahora evitar la contienda.

Hace 150 años, Clausewitz, planteó a la guerra como continuación de la política, y aún no existían refrigeradores. Durante los últimos 41 años, por lo menos, la guerra fría ha dominado la relación política entre Estados Unidos y la Unión Soviética. Ha sido una larga y muy costosa guerra que, como todas, frías o calientes, sólo terminará con la victoria de algún bando. Sin embargo, en las últimas negociaciones hubo propuestas sin precedentes que, al parecer, con la nueva "guerra de las galaxias" cambian el panorama